

de una escuela; en pasar de las indagaciones de la escuela á las fuerzas militantes de un apostolado; y de las fuerzas militantes de un apostolado al crisol del martirio; y del crisol del martirio á la conciencia de todo un partido; y de la conciencia de todo un partido á las leyes; y de las leyes á las costumbres? Pero no tenemos derecho á dudar de la virtud, de la eficacia que tienen las ideas, nosotros, despues de haberlas visto salir de los labios mucho mas tenues que el aire en que iban envueltas, y fundir con las bayonetas de los ejércitos reaccionarios las coronas de los Reyes absolutos. Vamos á estudiar el movimiento de las ideas en Alemania, seguros de encontrar revoluciones á que ha respondido ó responderá la realidad.

## CAPITULO IX

EL GERMANISMO EN OPOSICION AL JESUITISMO

Lo hemos dicho muchas veces en el curso de estos trabajos y nunca nos cansaremos de repetirlo: el movimiento religioso trasciende al movimiento político en Alemania mucho mas que en ninguna otra nacion. Nosotros, acostumbrados de antiguo á la apatía arraigada en el ánimo de razas que profesan un solo culto y tienen de grado ó por fuerza una sola religion, habiendo recibido con glacial indiferencia las cuestiones suscitadas sobre la autoridad del Concilio que declaró dogma la Concepcion inmaculada de María y sobre la naturaleza del nuevo artículo, añadido á la antigua fe, del artículo relativo á la infalibilidad del Pontífice; nosotros, que puestos á creer nos da lo mismo añadir que quitar un milagro á la lista de nuestros milagros, un santo á la letanía de nuestros santos, no podemos comprender ni explicar cómo las razas germánicas, sobre todo sus familias protestantes, que leen y comentan los libros religiosos, casi vedados á nuestra humildad, se apasionan hasta el fanatismo por la version ó las interpretaciones de algunos versículos de la Biblia, por la época en que se escribieron y publicaron algunos capítulos del Evangelio, por la creencia en el libre arbitrio ó en la gracia; cuestiones ni siquiera discutidas en nuestras escuelas de Teología, las cuales someten su criterio al fallo inapelable de la tradicion y su enseñanza á la autoridad infalible de la Iglesia.

Mas parando mientes en el influjo que ha tenido la religion sobre la vida de estos pueblos, se alcanza toda la importancia política, allí conseguida siempre por ideas y problemas, apenas sostenidos por nuestra fe rutinaria en la

apartada y luminosa esfera de la teología ó de la moral. La religion ha creado ese espíritu interior, íntimo, propio de las razas germánicas que se aislan severas en su conciencia y que crean y fortalecen de esta suerte el principio capitalísimo de su política, el principio de la personalidad. Por mas que los filósofos se empeñen, es hasta ahora imposible borrar la virtud de los dogmas teológicos en la vida práctica y en la vida política. Sobre nuestro sentimiento, sobre nuestra razon, hasta sobre nuestra fantasía, se extiende, como el cielo sobre nuestras frentes, la idea misteriosa de lo infinito, de lo eterno, por la cual suspiran al cabo los mas puros deseos humanos, y de la cual desciende la inspiracion sobre las artes, la luz sobre las ciencias, la esperanza de la inmortalidad sobre toda fugaz y frágil vida.

Mas no es la relacion de lo finito con lo infinito el principal carácter de la idea religiosa. Su virtud, su fuerza creadora se extienden á las relaciones sociales y á las leyes políticas. Así como decia Plotino que cada alma se crea, se cincela un cuerpo á su imágen, podemos decir nosotros que toda raza, todo pueblo tiende á formarse en la religion y en sus dogmas un alma en armonía con su temperamento, su complexion y su historia. El pueblo hebreo ve surgir en el inmenso desierto, cuando marcha desde Egipto á la tierra prometida, como un sol de su conciencia, el Dios, uno, y pródigo, que le guia con sus columnas de fuego y le alimenta con su lluvia de maná; y allá, en el cautiverio, cuando el férreo látigo de los tiranos vibra sobre sus espaldas y el sombrío curso de extranjero rio corre á sus plantas, bajo los sauces del desierto, á los ecos de la elegíaca arpa, brota el mesianismo, la religion de la esperanza que otras razas debian aceptar y cumplir.

Cuando el pueblo griego arrancaba á la naturaleza la idea de la ciudad individual heredera de los antiguos imperios y madre de las futuras democracias, cincelaba, pulia los dioses venidos del Oriente, y elevaba en ellos, en su radiante hermosura, la imágen del hombre al Olimpo. Así, el egipcio, que se levanta en continente africano, entre los pueblos europeos y los pueblos asiáticos, término medio del gran silogismo de la historia universal, sacerdote que revela á Grecia los misterios de Oriente, conserva en su teogonía el sabeismo, la luz, el alma de las regiones orientales; y calienta y aviva el gérmen del politeismo helénico, el alma de las religiones de Occidente. Su religion parece la religion de

la muerte y de la inmortalidad; sus sepulcros, ciudades de ideas alzadas entre los confines de dos mundos; sus momias los dioses orientales, caidos de sus altares, muertos al pié de sus teocracias, embalsamados y conservados por filtros misteriosos para ir á resucitar en las tierras occidentales, en Grecia, en Sicilia, en Italia, al conjuro de los oradores, de los poetas y de los filósofos.

Las ciudades semíticas de la Mesopotamia, Nínive, Babilonia, capitales de las tribus caldeas, que han recorrido el desierto con los ojos fijos en el cielo, tendrán por dioses las estrellas, por dogma los principios esenciales á su naciente astronomía, por la universal inteligencia, que compenetra y dirige el Universo, los eternos efluvios de la increada luz. Nuestros mas antiguos progenitores, los arios, llevaban ya en los indecisos comienzos de sus primeros dias, en las letras iniciales de sus primitivos himnos, los dioses que luego han de adorar los helenos y los latinos en sus ciudades, los germanos y los eslavos en sus bosques. El cielo y la tierra; las estrellas que se pierden allá en los abismos del espacio y las arenas que se pierden allá en los abismos del mar; las montañas elevadísimas y los nublados que ciñen su cintura, y los rios que manan de sus plantas; las ondas que se agitan coronadas de diademas de espuma, y los vientos que corren desatados entre las continuas palpitations de las verdes oceánicas aguas; el éter con sus cerúleos matices y la atmósfera con sus brisas y sus auras; el rosado alborar de la aurora y el misterioso reflejo del crepúsculo; todo cuanto existe en la inmensidad, todo cuanto vive en lo infinito se halla poblado de dioses varios; almas de las cosas, como Savitar, el productor de la vida y de los organismos que llegará á ser el Saturno de los antiguos latinos; como Añi, el principio de la vida, el calor universal, el elemento ígneo que abriga al Universo y que andando el tiempo ha de ser Hefestos en Atenas y Vesta en Roma; como el Indra, que allá en el extremo Oriente es el centelleante relámpago, y que aquí en el extremo Occidente es el fulminante padre Júpiter; como Varonna, que es el cielo tendido, primero sobre el Himalaya y el Ganges, y luego Urano, el cielo tendido sobre el Hible y el Pireo; como la Muntar, madre tierra de los medos y persas; Modor, tierra tambien de los anglo-sajones; Hertha, tierra tambien de los germanos, cual si todos los hijos de la misma raza aria, en toda la dilatacion de los tiempos, quisieran vivir y morir en el seno

de la diosa donde todos han tenido su cuna y donde todos tendrán su sepultura.

Y si los pueblos antiguos, los pueblos primitivos se han atendido á la religion ó bien creada ó bien admitida por ellos que estaba mas en armonía con su carácter; ¿los pueblos modernos ya maduros, no habrán prescindido de esto, y tomado solo de las religiones su moral y su dogma? No. Un mismo dogma, una misma moral, constituye en su esencia el cristianismo. Para llamarse con derecho cristiano se necesita creer en Dios y en la providencia de Dios, en la redencion de la primera culpa por los méritos de Cristo nuestro Salvador, en la espiritualidad y la inmortalidad del alma humana, en los premios y en los castigos eternos despues de la muerte.

Creeríase que sobre estas bases no cabian variaciones posibles, y sin embargo, cada pueblo, cada raza fundamental de Europa ha apropiado el cristianismo á su carácter y á su historia. Los griegos han levantado una ciudad santa cerca de sus mares, en oposicion á la ciudad santa de los latinos y allí han fundado una Iglesia que tiene como la raza, cuyo espíritu alimenta, carácter metafísico antes que carácter moral; Iglesia que ha celebrado los grandes Concilios ecuménicos, las Asambleas constituyentes de nuestros esenciales dogmas, gobernándose aun por confederaciones eclesiásticas, recuerdo y remedo de las ligas anfictiónicas en la antigua Grecia. Los romanos, los grandes unitarios de la historia, han llevado su unidad á la Iglesia; el dogma sagrado, la disciplina y la liturgia unos en lo posible; un Papa-Rey como el antiguo Emperador-Pontífice en el trono de la Ciudad Eterna; sus prefectos y sus pretores en los arzobispos y en los obispos; su Senado en el Conclave; su prestigio en la ciudad menos cristiana y mas idólatra del antiguo mundo, en la diosa Roma que quiere conservar el dominio sobre los pueblos, todo lo cual prueba que el Catolicismo es el Imperio romano, y como el Imperio romano, eleva con el dogma de la Infalibilidad sus césares á dioses.

Y á nuestros mismos ojos, en los últimos siglos del cristianismo, sucede lo propio, se repite este fenómeno en todos los pueblos. El pueblo español, que es entre todos los modernos, el cruzado por excelencia, combatiendo siete siglos con los infieles, y al concluir esta obra llevando la cruz mantenida por la espada al Nuevo Mundo, profesa un catolicismo exaltado, fanático, intole-

lerante como la guerra. El pueblo francés, que es un término medio entre las razas germánicas y las razas latinas, erige una Iglesia, término medio entre el protestantismo y el catolicismo, la Iglesia galicana que estuvo á punto de merecer hasta en su mas alta personificación, en Bossuet, un anatema del Papa.

En todos los fenómenos de la revolucion religiosa de Inglaterra, se notan los fenómenos mismos de su revolucion política. Los anglo-sajones no podian dejar de entrar en la religion protestante, como no podian dejar de entrar en la política liberal. Raza individualista, habia de abrazar una religion individualista tambien, y habia de ser como el brazo de esa religion en los mares. Pero la causa ocasional de la conversion de Inglaterra fué la voluntad y la pasion de un rey que deseaba constituir sobre la unidad fortísima de su reino su formidable autoridad. El principio hereditario de las monarquías contrastó y contradijo en parte el pensamiento y el propósito de los dos grandes reyes protestantes, de Enrique VIII y de Isabel de Inglaterra. El primero dejó su trono á María, que llevaba en sus venas la sangre de los fundadores de la Inquisicion en España, y la segunda á los Estuardos, que tenian afinidades con los Guisas, con los degolladores de los protestantes en Francia.

Así el protestantismo oficial inglés fué un protestantismo monárquico, aristocrático, mas próximo á la antigua Iglesia católica que á las otras sectas de la misma rama, protestantismo episcopal con tendencias á constituir una especie de Pontificado británico semejante al Pontificado romano. Cuando se entra en la gran catedral protestante, en San Pablo de Lóndres, se echa de ver la distribucion de capillas semejantes á las capillas de nuestras iglesias, como revelando que el príncipe su fundador, tenia puesto el nombre en los registros oficiales del protestantismo, pero el corazón todo entero en los dogmas de la Iglesia católica. Por el principio hereditario de la monarquía hubiera vuelto Inglaterra al seno de la Iglesia católica á no haberse opuesto la nacion, que sentia en sus venas la sangre de su raza, en su conciencia la idea de su individualidad, y en su corazón el sentimiento y el instinto evangélico. Y así los diversos partidos religiosos eran al mismo tiempo partidos políticos; los presbiterianos, enemigos del predominio real en las instituciones y del episcopado en la Iglesia; los independientes, amigos de